# Avenida Perú

Pablo Salgado Brito

# Capítulo 1

Eran pasadas ya las tres de la mañana y me encontraba, como siempre, caminando totalmente borracho de vuelta a casa. Otra vez no pude controlarme tomando copete y mi cabeza se bañaba nuevamente en lagunas mentales. Había recorrido parte de Vicuña Mackenna y todo Pío Nono hasta ahora. Veía todos los locales cerrados en Bellavista y ningún alma vagando por la acera a esas mudas horas, sólo la mía. Lo que faltaba de mi típica peregrinación de los viernes al anochecer era cruzar Avenida Perú completa y varias cuadras de El Salto derecho a mi hogar. Al ser los primeros días de primavera el polerón que aparte llevaba encima me era suficiente útil para soportar esa helada noche. Ya no tenía que volver a caminar demasiado abrigado todos esos kilómetros por un tiempo.

Pasaba al lado del Zoológico Metropolitano y las plantas de mis pies cada vez se calentaban más con cada contacto que tenían con el duro pavimento. Lo mejor que podría hacer era ignorarlas con una falsa resistencia al dolor. El Metro ya cerró hace rato y se veía muy complicado, por no decir imposible, que pasara cualquier micro a estas horas por donde andaba. Me había gastado todo lo que tenía en cervezas, botellones de vino y cajetillas de Pallmall; así que tampoco podía darme el lujo de pagarme un taxi. Además que sentido tenía pararme a esperar solo si tampoco aparecen cuando uno más los necesita. Mientras más entraba por Dominica me dí cuenta que los postes de luz no funcionaban de nuevo. “Bueno, habrá que aprovechar otra vez” me dije. Me acerqué a la puerta de una casa y me bajé el cierre del pantalón para orinar con la seguridad de que nadie miraba.

Estuve su buen rato delante de esa casa orinando. Arqueaba la entrepiernas para no mojarme las zapatillas. Cuando por fin terminé, continué caminando hasta llegar al inicio de esa ciclovía nueva de Avenida Perú. Calculé moviendo mis dedos en el aire que llegaría a mi casa como en un media horita más o menos. Ya era un ejercicio de matemáticas que sabía resolver sin error. Siempre ha sido el mismo recorrido que transitaba bajo ese estado debido a lo cabeza dura que soy. Todas empezaban desde distintos lugares, pero compartían el último trayecto que cruzo ahora. “¿Siempre camino borracho y solo?” Sin duda alguna. ¿Pero esto no es muy peligroso? No que yo sepa. Cuantas veces he podido demostrar que nunca me ha pasado nada. Quiero volver a mi hogar, pero no aparece locomoción por ninguna calle y nadie quiere prestarle al menos el sofá del living a este perdedor hediondo a copete, ¿qué más puede uno hacer? Ya he caminado borracho a altas horas de la noche antes y lo volveré a hacer todas las veces que sé que se vienen a futuro. No me han

atropellado, no me han cogoteado o algo por el estilo, ¿entonces cuál es la preocupación al final de todo, ah? La verdad dudo que incluso llegue a ocurrir algo como eso. No es que sea el tipo con la mejor suerte del mundo, pero tampoco soy demasiado importante para que llegue a ser el blanco de un asalto.

Saqué la cajetilla que guardaba en el bolsillo de mi polerón y me detuve un minuto para concentrarme en encender otro cigarrillo. Había perdido la cuenta de la cantidad de cuadras que me prometí caminar antes de volver a fumar. No quería quedarme corto de cigarros antes de que llegase a mi casa en Reina de Chile. Estaba parado por la vereda enfrente al del Motel Buda. Sus potentes luces azules te dejaban bien en claro la presencia de aquél elegante edificio destinado a la lujuria y el placer carnal. En ese momento eramos sólo la noche, los condominios, los postes de luz, el pavimento, la música en mi celular, mi eterna sombra y yo. Por el cacho en que me convertí ya no podía darme el gustito de que otras personas me acompañaran y tenía que aferrarme a lo que sea para no caer en una absoluta soledad. Absolutamente a lo que sea. Cuántas veces continuaría mintiendo con que me encontraba de lo más bien viviendo de esa manera a mi edad. ¿ Y qué podía hacer de todos modos? Estaba totalmente cagado y ninguna solución se asomaba en el horizonte, independiente de los constantes intentos de encontrarla caminando sin rumbo.

Me detuve otra vez. Estaba en la mitad del Parque de la Infancia. El alcohol provocó que me dejará llevar por mis ideas y malos recuerdos. Permití que la sensación de abandono pintara de nuevo cada paso que estaba dando. Sentí como un par de lágrimas se asomaban por mis ojos. Las limpie lo más rápido que pude con la manga del polerón antes de llegarán a caer por mi cara. Alcé la vista y revisé alarmado que nadie estuviera cerca prestando atención a mi triste presencia. Ni loco dejo que alguien me viera de esa forma. Volví a mirar hacia adelante y vi todo lo que aún me quedaba para cruzar Avenida Perú. Di un suspiro de derrota y continué caminando. A pesar de que quedaba suficiente batería en el celular para escuchar música, el volumen de esta no alcanzaba a contrarrestar la solitaria y silenciosa peregrinación en la que me encontraba.

Boté la colilla al piso y la aplasté con la suela de mi zapatilla. “¡Ya para con esta tontera!” Me enderecé y traté de poner en orden mi torpe caminar lo mejor que pude para el resto del viaje. Entre tanto copete que no se eliminaba de mi cuerpo, pensaba que seguía caminando como un completo débil. Con razón seguía metido en el mismo hoyo de siempre si ni siquiera podía moverme a un ritmo seguro. Comencé a dar pasos fuertes que hicieran sonar el pavimento apenas se tocaran entre ellas mismas. En mi mente eran pasos certeros y confiados. Súmale que

también rectaba mi postura y no me permitía bajar la mirada ni agachar en lo más mínimo mi cabeza. Encendí otro cigarrillo y la mantuve en mis labios un buen rato. Fruncía el ceño para que mi cara se viera seria y no quería que cambiara cada vez que me acercaba una mano a la cara. Era la evidencia necesaria para demostrar de que era un hombre hecho y derecho, fuerte e invencible.

Y así seguí caminando por un par de cuadras más. Todos los que dormían cómodos a estas altas horas de la noche se perdían la oportunidad de darse cuenta que ya no era un desperdicio de ser humano. Mi temeraria postura demostraba todo lo contrario. Siempre fui una persona buena de corazón y ahora ya no tienen motivo alguno para alejarse de mí. Podía demostrarles que a pesar de ser un ebrio sin remedio y pegarme el show varias veces en el pasado, soy capaz de mostrarme fuerte y salir del abismo en el que estoy. La opinión de los demás ya no significan ni mierda: soy fuerte e invencible. Una vez más: soy fuerte y totalmente invencible. Que intente todo el mundo, de uno en uno, a mostrarme que estoy equivocado. La rabia hacia el aislamiento de los demás provocó que mi improvisado mantra se mantuviera latente por un tiempo.

Cruzaba Unión con Avenida Perú, cerca por donde ese local de gas Abastible, aun con un falso refuerzo a mi pobre autoestima. De cierta manera me aferraba a una confianza inexistente solo con la intención de que me vieran todo quien pensaba mal de mí. Noté de golpe como era una completa estupidez la idea que se me había ocurrido. Imagínate lo tarado que debí haberme visto todo ese rato caminando como un imbécil. Mis compañeros de peregrinación ni se inmutaban por mi urgente resolución. No recibía felicitaciones o palabras de apoyo de la constante hilera de postes de luz ni de la eterna acera. A los semáforos en cada esquina les preocupaba más cumplir inútilmente con las normas de tránsito. Me quité el cigarrillo aun encendido de la boca y lo lancé contra la reja de una casa. Conté los cigarrillos que quedaban en la cajetilla. Quedaban dos y nada más.

La postura se hacía más débil y la caminata poderosa perdía su ritmo. Mi mantra improvisado chocaba estrepitosamente con la dura realidad. La mentira se esfumaba burlona con cada centímetro de pavimento que pisaba. Ya ni sentía el ruido de mis pisadas. Los malos recuerdos y las horribles decisiones bajos los efectos del copete potenciaron a mi leal

sombra y me dejaron entrever que seguía siendo el mismo cacho que todos tienen la desgracia de conocer o haber conocido. “¿A quién engaño? ¿A quién mierda intento engañar?” pensé. Por enésima vez más caí en la tristeza típica de una borrachera desmedida como la mía. Esa pena que escapaba conforme a la cantidad de alcohol que tenía en la sangre. Ese sentimiento de malestar profunda que me era totalmente imposible compartirla con alguien más. Un sentimiento que tragaba día a día, de un sabor tan amargo que cobraba vida propia cuando yo ya ni cachaba en donde estaba parado. Las lágrimas comenzaron a brotar de nuevo. Ahora conseguían deslizarse hacia el borde mi mandíbula y el comienzo de mi cuello.

Estaba cerca del final de Avenida Perú, donde intersecciona con El Salto y Valdivieso. Aparecían con mayor fuerza el ardor en la planta de mis pies. Por lo menos era la última parte de este eterno trayecto y dentro de poco podría irme a dormir. Ya no habían postes de luz en esa cuadra y lo más cercano era una bencinera Esso en la otra vereda para iluminar la noche. Solo un par de cuadras más y se terminaba todo por hoy. Dentro de poco podría irme a la mierda bajo un techo. Me acercaba a la esquina cuando de un momento para otro sentí como alguien me empujaba con violencia contra el suelo. Rápidamente me puso un cortacartón contra el cuello y me mantenía con fuerza en el piso. Al mismo tiempo, unas tres personas más sacaban todo lo que traía conmigo. La billetera y las llaves fueron las primeras en irse. Luego el celular me fue quitado violentamente. Solo alcanzaba a distinguir sombras oscuras encima de mí, ningún rasgo notorio en sus caras o en sus cuerpos. Intenté gritar pero el miedo a que el cortacartón terminara dentro del cuello me cosió los labios y amarró fuerte mis cuerdas vocales. Sin perder tiempo también me quitaron el polerón. Se subieron en lo que creo que era un furgón y partieron cuando ni siquiera habían cerrado las puertas. El asalto no duró más de un par de minutos. Ocurrió en lo que dura un simple chasquido.

Quedé tirado en el piso oyendo como el ruido del motor desaparecía con cada segundo que pasaba. Jamás supe hacia donde se fueron después de cogotearme. Estaba sin palabras mirando el sombrío cielo, no entendía que acababa de pasar. Aún me invadía el miedo y el shock de haber tenido a poco centímetros de mi cuello un cortacartón con la intención de matarme. Pude haber muerto, de verdad que pude haber muerto ahí mismo. Me hubieran quitado la vida y esto sólo sería un corto despacho que emitirían por las noticias a la mañana siguiente. Seguía desparramado en el piso cuando mi llanto tomo una potencia como nunca antes. Gritaba de tristeza de toda esa pena que ya traía conmigo y más ahora con el

asalto que sufrí. Ya nadie podía ayudarme. Si ya venía llorando todo el camino intentando contenerlas, ahora brotaban libres y reforzadas por el terror que me consumía. Las luces del semáforo se encendían y apagaban sin dar a torcer su propio ritmo.

Estaba a mitad de la noche totalmente desprotegido. No me sentía seguro en absoluto, tenía que arrancar lejos de ahí. ¿Y si volvían por más? ¿Y si ahora se decidían en dejarme morir? ¿Y si venían otras personas a asaltarme? Necesitaba correr, necesitaba correr ahora ya. Buscaba que una noche despojada de estrellas se apiadara de mí y me socorriera de alguna forma, ¡la que sea! Aun sollozando me levanté lo más pronto que pude y comencé a arrancar desesperado por El Salto. Ni me importaba que quedé con la polera sucia. Me apresuré totalmente desesperado pasando por el Liceo Inteco lo más rápido posible. Quería llegar pronto a mi casa, quería que esto terminara. Ya no aguantaba más. El dolor en mis pies se intensificó, pero no había tiempo para parar. La violencia que me golpeó hace poco continuaba resonando y acechándome por cada cuadra que cruzaba. "¡Corre, sólo corre!"

Quienes fueron mis compañeros de mi soledad en Avenida Perú se convirtieron en un instante en posibles amenazas. Escapaba de todo lo que me rodeaba en el momento. Lo que había sido una tradicional peregrinación hedionda a alcohol ahora se trataba de una carrera contra un miedo que se metía intenso bajo mi piel. Volví a ser solo un niño indefenso perdido en una jungla feroz quien solo buscaba cariño y comprensión. “¡Por favor, que alguien me ayude!” pensaba reiteradamente. Toda la avenida estaba cerrada y ni siquiera le prestaban atención a quien corría angustiado a esas horas. Cuando estaba cerca de la carnicería La Reinita, no me fijé de un hoyo en la acera y tropecé cayendo seco a mitad de la calle. Con la misma respiración atormentada me levanté del piso y continué corriendo. No tenía tiempo para quejarme por las nuevas heridas que ahora tenía en la cara y en las manos. Tampoco podía perder tiempo levantándome. “¡Van a volver, van a volver, van a volver!” me repetía en un cántico cruel. Entre el continuo llanto y la agotadora paranoia, revisaba sin parar si no se acercaba ningún auto por toda la avenida y las calles que la cruzaban. Quería que los postes de luz ya no siguieran delatando mi ubicación exacta.

El silencio que reinaba desde Avenida Perú continuaba expandiéndose a merced de mi angustia. El único sonido que se escuchaba claro eran mis pasos apurados contra un deforme asfalto. No podía detenerme por nada en el mundo o quien sabría lo que pasaría conmigo. Pasaba por una COPEC y el Regimiento Buin cuando comencé a sentir que las costillas derechas se me recogían. Con una mano metía presión en mi costado derecho para calmar el dolor, no había tiempo para descansar. "¿Por qué a mí? ¿Por qué me tuvo que ocurrir esta mierda a mí?" reflexionaba. "¿Acaso esto es lo que pago por comportarme con un completo cacho todos estos años?" La deuda que tramitaron mis años de ser un perdedor que nadie quiere cerca, finalmente fue cobrada en aquel violento momento. "Me lo merezco, me merezco todo lo malo que me está ocurriendo: quedarme solo, no lograr nada y ahora que me asaltaran. Me merezco toda esa mierda y más. Mucho más."

Choqué con las pálidas rejas del Mayorista 10 porque me rehusaba a darle descanso a mis piernas. Cada vez respirando más fuerte y llorando con más amargura. Me envolvía una sensación completa de soledad y tristeza que llegó para quedarse y coserse en mi alma. La idea de que ya no tenía remedio se incrustaba más en mi mente. Me metí por la calle Antonia Silva para cortar camino hacia Reina de Chile. No celebraba que estaba a poco metros de mi casa porque seguía hundido en mi pena. Corría no solo del terror del asalto sino que también de ese pasado que nuevamente tomaba forma de una sombra vigilante. Apresuraba el ritmo de mis pisadas intentando huir también de mi mismo. Seguían los sonidos de una desesperada carrera sobre la acera. Las tiendas y los hogares continuaban ignorándome. Por más que hubiera arrancado hasta ahora, mi sombra seguía agarrada firme a mis pies y no pensaba nunca en soltarse. Ya era muy tarde para intentar cambiar, sólo podía correr de todo como siempre. Es para lo único que siempre he tenido talento. Cuando quedaban pocos metros para finalmente llegar a mi hogar empecé a calmar la marcha y dejé de correr, pero el miedo y la tristeza continuaban firmes impregnadas en mi corazón.

Mi respiración se controló y desapareció el dolor en las costillas. Los postes de luz seguían multiplicándose hacia el final de la calle. La noche seguía imponiendo su oscuridad. Me encontré frente a frente a mi casa. Estaba con todas las luces apagadas y las cortinas cerradas. Un poste de luz cercano iluminaba tenue el pino y algunas flores que teníamos en el jardín. No tenía idea que hora era y olvídate de tener una forma de saberlo ahora mismo. La adrenalina se había agotado y volvía progresivamente a sentir el frío de la noche. Solo tenía que abrir la puerta

que da hacia la calle para comenzar a terminar el día. Moví el cerrojo mientras seguía recuperando el aliento. Me di cuenta de que no le pusieron llave. Apenas pasé primero al jardín pensé en hacer sonar el timbre. Si lo hacía volvería a tener que enfrentarme a que mi mamá abriera la puerta. Tendría que volver a escuchar sus puteadas gracias a mi brillante idea de llegar borracho. La verdad ya solo quería acostarme y terminar el día. Ya no quería más emociones fuertes, ya no más. Ya no más putos problemas. Estaba dispuesto a que me palabreara si es que eso significaba que estaría seguro dentro de mi hogar de una vez por todas.

Toqué el timbre. Sentí como el eco de aquél agudo sonido se expandía por el interior de la casa. Pasaron unos dos minutos pero nadie apareció. Volví a tocar el timbre, esta vez dos veces seguidas. De nuevo se escuchó como se propagaba por las paredes de mi hogar pero sin recibir respuesta alguna. Me acerqué y pegué una oreja a la puerta que daba al living por si podía distinguir algunos pasos. No me importaba que se demorara, necesitaba que solo me abriera la puerta. No se escuchaba nada. Me devolví hacia donde estaba el timbre. Una, dos, tres veces lo toqué y seguía sin conseguir que la abrieran. Comencé a desesperarme. Golpeé la puerta y llamé. Nuevamente se mantuvo en la misma posición sin ningún cambio visible. Hice sonar nuevamente la puerta con el puño cerrado. Nadie respondía. “¡Mamá por favor, que tengo frío!” gritaba después de cada golpe.

Yo creo que estuve en el jardín sin poder entrar a la casa como por casi unos veinte minutos. Siempre realizando el repetitivo y ridículo ejercicio: tocaba el timbre y golpeaba la puerta esperando recibir respuesta. Sucedía lo mismo: nadie la abría. El constante frío y la palpable desesperación dentro de mí querían que se concretará ese ínfimo escenario de que ahora me encontrara durmiendo la borrachera en mi cama. Anhelaba apagar ese sentimiento de miedo pronto. Pero no, ahí seguía yo recorriendo la corta distancia entre la puerta del jardín y la puerta hacia el living una y otra vez. Golpeando la puerta y tocando el timbre. El interior de mi hogar continuaba bajo un absoluto cierre. Me quedaba de pie intentando calmar los nervios. “Tranquilo, si ya te van abrir…” una voz en mi cabeza trataba varias veces de tranquilizarme. “Estás puro perdiendo el tiempo” le recriminaba otra.

Las nulas respuestas a mi llamado desolado me comían más y más por dentro. Comencé a tomarme la cabeza porque ya no podía pensar en otro lugar hacia donde pudiera arrancar a estas horas. Ahora sí que estaba totalmente perdido y cagado. De nuevo empecé a llorar por la desesperación, mientras el poste de luz me iluminaba como si fuera la principal atracción de un cruel circo de medianoche. Alzaba la vista humedecida hacia el cielo como si buscara que una solución a todos mis problemas cayera de la nada y me ayudase. El silencio eterno de la noche me aclaraba sin dudas que nadie se apiadaba ni apiadaría de mi triste existencia.

Me dí por vencido en mi patética espera. Ya era bastante obvio que no quería recibirme en este estado. No la culpo, yo tampoco he querido tratar conmigo mismo durante este último tiempo. ¿Quién lo haría de todos modos? La opción más lógica era seguir hundiéndome silencioso en mi propio pozo sin fondo. Me acerqué una última vez a la puerta del jardín para salir. Se me pasó por un lapso que podía azotarla cuando ya estuviera fuera. Sentía mucha impotencia por no poder entrar a mi propia casa. Pero que sentido tenía hacerlo si ni el sonido del timbre, ni los golpeteos en la puerta y ni mis llamados jamás la despertaron. Un azote no haría la diferencia. Cerré la puerta con suavidad y caminé decepcionado hacia la calle. Me apoyé con la ayuda torpe de mis manos para sentarme todavía ebrio en la acera. Me quede mirando apenado hacia el frente mientras seguían pasando las horas.

Repetía el sentimiento deprimente de que merecía que me asaltaran y que nadie quisiera prestarme ropa. Seguía pensando en que me merecía todo esto y más por todos los pecados que había cometido hasta el día de hoy y los que cometería si o sí en lo que me resta de vida. La noche continuaba esparciendo unas bajas temperaturas por toda Reina de Chile. Me frotaba rápido ambos brazos como una medida improvisada para generar algo de calor. De que iba a terminar resfriado ya estaba más que claro, pero tenía que intentarlo igual. Avanzaba lento el tiempo y el temor de que mis asaltantes o alguien con intenciones similares apareciera de la nada se perdían. Me sumergía cada vez más en una lúgubre soledad a pasos de lo que creí que era mi espacio seguro. El poste de luz jamás se cansó de apuntarme bajo su burlesca luz. Solo faltaba que un público me tapara en burlas mientras bajase el telón. Estuve sentado en la acera todo ese eterno lapso sin moverme de allí. Con un nudo en la garganta rezaba en mi mente que la noche ya comenzará a perder su oscuro tono para que llegase al menos un nuevo día. Aquella madrugada nada ni nadie se

inmutó frente a mis rezos.